

HUMOR ANTE EL DOLOR



ENTRE la pandemia del coronavirus, los indultos a los políticos del procés o los partidos de la Eurocopa, ha quedado en muy segundo plano el hecho de que recientemente ha entrado en vigor en España la ley de la eutanasia, algo que sin embargo preocupa a mucha gente y a muchas familias. En este lugar no vamos a entrar en el análisis de tal ley, sino simplemente en algo que normalmente forma parte del contexto en el cual se aplica. Es decir, en esas situaciones de vulnerabilidad y dolor que afectan a tantas personas, situaciones que en ocasiones no sabemos cómo afrontar, pero de las que tampoco nos podemos evadir sin más. Y aquí hay algo que no siempre se le presta demasiada atención y que, sin embargo, puede resultar si no terapéutico sí al menos un poco anestésico. Se trata del humor.

Porque ya sabemos que la enfermedad, el dolor y la muerte son siempre situaciones trágicas que afectan a nuestro estado de ánimo. Es lógico que, al menos en principio, la risa, la sonrisa, la comicidad, el chiste y la ironía no tengan un lugar adecuado en ellas. Antes bien

El humor no es sinónimo de alegría y felicidad, sino sencillamente una actitud ante situaciones de adversidad.

nos producen pena y tristeza. No puede ser de otra manera desde el momento en que se trata de algo indeseado. Nos sucede en casos lejanos y más todavía cuando existen sentimientos de afecto o amor hacia las personas que sufren,

especialmente cuando afecta a nuestra familia. Enseguida nos conmocionamos ante la tragedia del mal que irrumpe en nuestra vida.

Sin embargo, aunque parezca contradictorio, el humor es uno de los elementos importantes que nos hacen vivir esas situaciones de un modo más pleno, algo hacia lo que nos cuesta ser sensibles. Por eso el humor «hay que tomarlo en serio», decía Ernst Stein. Lamentablemente no ha sido uno de los objetos prioritarios en el tratamiento de nuestros expertos, ni de los filósofos ni de los poetas, a pesar de que ya los terapeutas empiezan a incluirlo en su labor. Parece como si prefiriéramos el desamor y las lágrimas, algo que posiblemente tiene mayor fuerza conmovedora. El humor se ha reservado para los comediantes, monologuistas y artistas de la farándula, pero no para la reflexión de los asuntos de

la muerte. Nuestros intelectuales prefieren el dolor, la angustia y la tragedia. Todo parece condenado al pesimismo y al sentimiento trágico de la vida.

Pero, a pesar de no ser uno de los temas preferidos de los grandes autores, el humor siempre ha estado presente de una u otra manera en muchos de ellos, y de ahí la gran variedad de definiciones que se han propuesto del mismo.

A este respecto resulta de gran interés una de las pocas monografías dedicadas al humor en nuestro contexto, la de Celestino Fernández de la Vega, y que lleva por título *O segredo de humor*. Porque sin duda es una deuda reflexionar sobre uno de los grandes tesoros que conforman lo humano y que hacen la vida algo mucho más fascinante y apacible. Pero, al mismo tiempo, conviene no equivocarse, porque el humor no es sinónimo de alegría y felicidad, sino sencillamente una actitud ante situaciones de adversidad. Freud llegaba a decir que el humor es «un gasto de sentimiento ahorrado». Es decir, que esconde algo que no deja de ser trágico. Por eso tiene una virtud liberadora de la tristeza y del dolor, aunque no sea una aspirina sentimental ni un analgésico espiritual (Fernández de la Vega). Dulcifica el dolor, pero también cohibe la alegría. Por eso nos mantiene los pies en el suelo e impide que perdamos la sensatez. Precisamente el gran Castelao comienza su obra *Un ollo de vidro* con una frase de Mark Twain que dice que «debajo del humorismo siempre hay un gran dolor. Por eso en el cielo no hay humoristas».

En las situaciones de sufrimiento y en los procesos del final de la vida humana el humor ejerce una fuerza esperanzadora tremenda, sencillamente porque nos permite distanciarnos del hecho para centrarnos únicamente en la persona. Es una manera de mirar hacia la adversidad que permite vislumbrar mejor la luz que toda oscuridad esconde. Porque el humor permite distanciarse de los problemas e introducir la dosis necesaria de cordura. Permite que el sentimentalismo no triunfe sobre la racionalidad, sino que se mantenga un equilibrio adecuado para poder decidir con inteligencia.

Escribía Fernández de la Vega que «el verdadero humorista siempre está distante de sus criaturas o de sí mismo; nunca se entrega, tiene un extraño poder de objetivación. Esta distancia le permite ver las cosas en perspectiva, en las mutuas relaciones, por todos lados». Permite objetivar la realidad y de ese modo poder afrontarla en toda su complejidad. Por eso el humor convierte en racional lo que de otra manera sería simplemente pasional. Sucede con la muerte y el dolor, pero sucede también con la alegría y el dolor.

Pero el humor no es un simple sentimiento de felicidad ni el resultado de una broma macabra, no es un

Una manera de mirar hacia la adversidad que permite vislumbrar mejor la luz que toda oscuridad esconde.

intento de ridiculizar situaciones ni personas tremendamente frágiles. De ahí que el humor no sea posible donde no hay simpatía hacia los demás, donde no exista ternura ni compasión por el otro. Antes bien es una respuesta con sentido a una determinada situa-

ción trágica, una actitud profunda que brota del interior de uno mismo y trasciende ante la llamada de quien nos necesita. Es el reconocimiento de nuestra condición vulnerable y lo que hace posible ofrecer esperanza ante el clamor de un sufrimiento inmerecido.



Por eso –proseguía Fernández de la Vega– «se trata de una forma sutil de sabiduría adobada con todas las finuras del alma: comprensión, serenidad, reconocimiento resignado de límites, pudor sentimental, simpatía, tolerancia, paciencia, etc. El humor es el esfuerzo más inteligente del hombre por liberarse de su tediosa condición». Es la respuesta con sentido a una situación conflictiva que se mueve en el horizonte de la tragedia y la comicidad, de la risa y el llanto.

El verdadero humor desdramatiza sin banalizar, y por eso no podemos prescindir de su capacidad de poder ante el sinsentido que parece que muchas situaciones nos producen. Es una liberación personal para todos los que participan de algún modo en el sufrimiento del otro, porque el humor en definitiva no es más que eso, la reacción positiva, humana y esperanzadora ante el dolor de aquel que ya solo necesita un poco de alegría. Por ello también la jubilación, la etapa del júbilo, debería ser el último canto a un humor compartido. ¡Ojalá el humor nunca falte de nuestra vida familiar!

JOSÉ MANUEL CAAMAÑO LÓPEZ
Facultad de Teología
Instituto Universitario de la Familia
Universidad Pontificia Comillas